

CRONICA UNIVERSITARIA

El homenaje a Pasteur. —

El día 1º de junio último se realizó en nuestra Universidad el homenaje a la memoria de Pasteur.

Con tal motivo se produjeron los decretos y resoluciones que transcribimos:

Vista la nota del Sr. Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires en su carácter de vice-presidente de la "Comisión de homenaje a Pasteur" invitando a la Universidad de Córdoba a realizar actos de adhesión a tan justiciero homenaje, el interventor nacional de la Universidad de Córdoba, resuelve:

1º.—La Universidad Nacional de Córdoba se adhiere al homenaje que el mundo civilizado rinde a la memoria del eminente sabio y maestro con motivo del centenario de su nacimiento.

2º.—Designase al Dr. Félix Garzón Maceda, profesor jubilado de la Universidad y ex-presidente de la comisión local de homenaje, para que pronuncie la oración conmemorativa en el día 1º de junio próximo, a la hora 16, en el salón de actos públicos de la Universidad, ante autoridades docentes y alumnos de la misma.

3º.—Hágase las invitaciones pertinentes por intermedio de los señores secretarios encargados de las facultades respectivas.—(Firmado): ANTONIO SAGARNA — *E. J. Salgado*.

De acuerdo con la resolución precedente, los señores secretarios encargados de las Facultades de la casa, formularon las invitaciones a las autoridades y personal docente de sus respectivas jurisdicciones para el acto público a realizarse en la tarde del día 1º de junio ppdo.

A las 16 horas y 30 minutos, del día prefijado, en el salón de grados de la Universidad y con asistencia del señor interventor nacional, Dr. Sagarna, del secretario de la intervención Dr. E. J. Salgado, del secretario general del instituto, Dr. Ernesto Gavier,

autoridades y profesores de las tres Facultades, se dió principio a la ceremonia oficial del homenaje al sabio Pasteur.

El interventor Dr. Sagarna abrió el acto con el siguiente discurso:

Señores profesores:

Jóvenes alumnos:

Por peregrina circunstancia, un extraño a los claustros de la secular Universidad de Córdoba, preside el homenaje que la institución rinde a la memoria de un sabio, de un benefactor inmenso de la humanidad, de un sereno espíritu en el que la verdad, el bien y la belleza se armonizaron y se integraron en la euritmia soberana de una gran vida, que fué un gran ideal en acción.

Pero será grato a los manes de Luis Pasteur, estoy seguro que esa circunstancia eventual esté compensada por la presencia, en la ceremonia conmemorativa, del selecto cuerpo docente que con renovado entusiasmo realiza la cotidiana tarea de [adoctrinar con la palabra y el ejemplo a la juventud inquieta y anhelosa, menos que de verdades descubiertas, de indicaciones y de méritos para proseguir en la tarea de ir las buscando con el alma tan abierta, tan amplia, como para aceptar hasta en el propio fracaso un acicate para nuevos empeños y para aceptar que la sabiduría no es el solo conocimiento sino la aptitud de comprensión hasta del mismo misterio.

Y será, también, grato a los manes de Pasteur la presencia, exornando el homenaje, de una juventud estudiosa que puede encontrar un arquetipo en este gran penate, pues, orientó y condicionó sus horas por una grande consagración al estudio, una severa y austera disciplina en el trabajo y un noble espíritu de tolerancia, mediante lo cual, enriqueció la ciencia y aumentó el bienestar para su patria y para el mundo.

He creído interpretar bien el espíritu de la Universidad de Córdoba y del gobierno que represento, confiando la oración del homenaje a un prestigioso "viejo maestro" de la institución que nunca llegó a ser "maestro viejo", porque vivió rejuveneciéndose constantemente en el trabajo, en la enseñanza, en el amoroso contacto diario con los que, colaboradores en sus investigaciones o copartícipes y usufructuarios de sus conquistas, han sido y serán continuadores de su fecunda brega.

Mucho agradezco al doctor Garzón Maceda su generoso curso y puesto que se ha retirado ya de la docencia en busca de un bien ganado descanso, que sea ésta su lección magistral de despedida y mientras todos somos aquí alumnos en severo recogimien-

to para escucharla y aprovecharla, lléguenle los ecos de una incontrovertida sanción de justicia y gratitud.

Maestro: estáis en posesión de la cátedra.

Cedida que fué la tribuna al orador designado, Dr. Félix Garzón Maceda, éste leyó el trabajo que insertamos:

Asisto a esta ceremonia con la devoción del creyente que llega al templo para rendir homenaje de admiración y de respeto a quien se ve solo con los ojos del alma y del entendimiento; pero cuya vida, conjunto de anhelos, consagraciones y triunfos, conoce y ha seguido, convertido a su fé científica y practicando su religión del trabajo.

Vengo a decir mis alabanzas a Luis Pasteur en la forma que me han sugerido el corazón y la mente.

Confieso mis incertidumbres de satisfacer el propósito y las expectativas benévolas, porque he sentido las dificultades del cometido, surgidas de su propia naturaleza considerada en relación con las circunstancias que imponen límites, y con la heterogeneidad del auditorio ni del todo ajeno al conocimiento de la personalidad rememorada o bien plenamente saturado de él.

Hacer elogio, digno del sabio francés, abarcando su inmensa labor científica, la amplitud de sus irradiaciones, las creaciones de su genio: trazar el perfil de su fisonomía moral; analizar sus métodos de investigaciones, las cualidades de su temperamento que dan colorido propio a su vida íntima, a su vida escolar, a su actividad docente, a su actuación académica y política: es programa imposible, porque su vastedad abisma; solo cabe en millares de páginas, pide mentalidades y Verbo como los de Duclaux, Boutet, Vallery Radot, Bouchop, Youngfleiech, Boumard, Boheme y otros que han sido sus biógrafos.

Pasteur estudiante sucesivamente en Arbois, en el colegio real de Besancon, en el Liceo de San Luis, en la Sorbona y en la Normal de París: Pasteur graduado bachiller en letras y en ciencias, maestro a los 18 años; Pasteur como agregado y preparador en el laboratorio de Balard y al lado de Augusto Laurent; profesor de Física en Dijon y de Química en las facultades de Strasburgo; Decano fundador de los laboratorios de experimentación en la Facultad de Ciencias en Lille; Pasteur en Alemania, en Austria y en Bohemia, investigando o polemizando; Director técnico en la Escuela Normal a la que dió renombre; profesando la Cris-

talografía en la sociedad filomática: cumpliendo misiones científicas de investigación, de propaganda, de comprobación de sus doctrinas en Pisa, Copenhague y Dinamarca; disputando en las asociaciones científicas y en los congresos; en su cargo de secretario perpétuo de la Academia de Ciencias; como director del Laboratorio e Instituto de su nombre; Pasteur en su correspondencia con otros inmortales de la talla de Dumas, Biot, Bernard, Lister, Saint Beuve, Napoleón, Liebig, Tyndall, Bastián y otros; Pasteur y Renan en parangón, Pasteur y Littré; Pasteur ante Koch y Petter... he ahí, señores, un hombre que en cada uno de aquellos aspectos y circunstancias, sugiere materia abundante para su juicio y para su glorificación.

Y si se analizan sus escritos de exposición y comprobación doctrinaria o polémica; si se le sigue en sus experiencias, se catalogan sus descubrimientos y se aquilatan las consecuencias o se miden los saltos que significan en las concepciones de los fenómenos de la naturaleza; si se valoran las conquistas hechas en el campo de la biología aplicada a las industrias y a la medicina; el vuelo actual de la bacteriología y suerología con sus derivados: entonces vése precisado a decir con José Bertrand: ¡ante esta figura colosal trastórnase el juicio y fuerza es declarar que eclipsó toda otra "luz" porque abrazó con la suya todas las esferas de la vida presente y proyectóse sobre el porvenir de la humanidad con promisión de nuevas venturas!

Difícil es hallar en la historia del siglo XIX otro hombre de ciencia, que haya controvertido en más variados campos de la polémica multiforme, con su éxito.

Innovador doctrinario de tan profusa eficiencia no vieron otro los siglos ni de este ni del otro lado de la cruz: marca como ésta, dos eras para la biología y para la medicina. Porque si el cristianismo cambió la faz del mundo moral, las doctrinas pasteurianas cambiaron los cimientos de la higiene, de la patología y de algunas industrias, revelando nuevos principios a sus ciencias auxiliares, mostrando y realzando el papel de los microbios tan infinitamente pequeños como prodigiosamente activos.

Hay sin duda otros beneméritos de la ciencia cuya trayectoria fué sinuosa, quebrada, con cumbres y simas, con días de luz y de calma serena, alternantes con días sombríos y borrascosos; vidas discontinuas, vidas duales, sin unidad, vidas oscilantes entre seducciones y repulsiones accidentales. La de Pasteur es ejemplo de unidad moral e intelectual, de unidad en la acción sin remisiones energéticas, siempre en tensión, siempre sobre la recta progresivamente ascendente de los ideales, siempre fulgurante, sin tibie-

zas ni apegamientos; variantes tuvo solo dentro del propio ciclo de una evolución en la cual, las actividades diversas no afectaron la esencia del substratum orgánico y psíquico, siempre idéntico.

Fué una existencia inflexiblemente lógica en todas sus etapas; sucesión de acciones y de hechos que se fundamentan unos con otros aún cuando se desenvolviesen en medios muy distintos. “Fué siempre igual a sí mismo” en expresión de Darnet.

No mostró en su juventud inteligencia precoz ni extraordinaria; pero en ella habían calor y acciones varias como en la llama del soplete. Muy temprano señalaronse mejor sus excepcionales dotes de observador. Poseyó en grado excelso la cualidad esencial para esa aplicación: una férrea voluntad.

A los 18 años enseñaba y practicaba que “en la vida casi todo es querer”. “Amar mucho y trabajar mucho”, fueron sus divisas iniciales. Así no es de extrañar que a los 25 años, en 1847, optara al grado de doctor en ciencias fiso-químicas con dos trabajos de laboratorio, originales; y que un año más tarde presentase a la Academia una memoria sobre “Dimorfismo”, palabra ésta aún no incluida entonces en el Diccionario de la Academia, según reza una nota puesta en el ejemplar que guardaba la Biblioteca de Arbois.

Su anhelo de descubrir lo evidencian sus tesoneras investigaciones sobre los ácidos tártrico y racémico y sus sales: le exigieron viajar hasta Zwchau y Viena pero logró al cabo de seis años la transformación de uno de aquellos ácidos en el otro, hecho que reveló una noción química que sabios como Biot, Provostaye y Misterlich no obtuvieron: a saber la disimetría hemiédrica y su influencia en la polarización de la luz.

A su resultado le condujo el método de las ideas preconcebidas de que aparece tipo. Se fundó en el siguiente prejuicio: dar por indestructible que una disimetría en la disposición molecular (interna) de una substancia química ha de manifestarse en todas las circunstancias exteriores capaces a su vez de disimetría. Rehizo la serie de experimentos del sabio alemán y pronto se halló en estado de contradecirle. Cuando mucho más tarde trabaron conocimiento ambos. Misterlich dijo melancólicamente a Pasteur: “Había yo estudiado con tanto cuidado y perseverancia, en sus detalles mínimos, aquellas dos sales que, si usted ha podido comprobar algo que a mí se me escapó, es forzosamente por que le guiaba una idea preconcebida”. Pasteur respondió: “En efecto, así fué”.

Su admirable descubrimiento dió las bases de una nueva ciencia, la Esterioquímica y la química del espacio de Van t' Hoff y de

Bell, cuyos desenvolvimientos han tenido amplia repercusión en otras esferas del saber.

En presencia de esos sus primeros hallazgos viene a nuestra mente la convicción de que si es cierto que la curiosidad del observador *haya a la casualidad*, brindándole a veces las más grandes sorpresas, de ella solo aprovechan los espíritus preparados. Por eso es sin duda, que cuando hablaba a sus discípulos, transfundiéndoles su amor por las experiencias de laboratorio, recomendábles su instrucción en las teorías, ponderando su valor, puesto que ellas desarrollan el poder de la invención.

Había en él, por lo demás, y como don raro, una perspicacia genial: solo ella pudo revelarle, en presencia de los cristales que recobran en las aguas madres sus esquinas y aristas tronchadas, para restaurarse en sus formas geométricas típicas, e invariables; solo esa clarividencia genial pudo inspirarle la hipótesis de que por un procedimiento natural y análogo, se reparan los tejidos y se cicatrizan las heridas de los seres vivos haciendo la sangre o la hemolinfa el oficio del agua de cristalización. Interpretación original y que rubricara con su autoridad inconstestable el sabio fisiólogo Claudio Bernard.

Esa misma cualidad genial de penetración en las cosas y en la íntima causalidad de los fenómenos hizo fructífera su observación en las costras de las levaduras. A solicitud de un fabricante de alcohol de remolacha, inició sus estudios sobre la fermentación, inquirendo los misterios del fenómeno que ni Dumas, ni Cogniard de la Tour, ni Turpin ni Schwan habían entendido.

Es cierto que en 1836 Latour había visto en la fermentación de la cebada los corpúsculos de *Sacaromyces* pero no comprendió su rol. Pasteur los vió, los aisló, los cultivó, los vió brotar y crecer; y siguiendo en el campo del Microscópio sus movimientos y operaciones, halló que el desdoblamiento del azúcar en alcohol y en bióxido de carbono, son debidos a un fenómeno vital, son obra del bioquimismo de dicho fermento figurado, de dicho protofito específico. Así lo comunicó a la Academia de Ciencias en 1857.

Y cuando sus nuevos trabajos y conclusiones sobre los secretos de las fermentaciones fueron comunicados a esta Corporación y sancionadas con su alto veredicto, le fué acordado el premio en fisiología experimental. Inquirendo un fenómeno químico en campo propio halló en campo de la biología un fenómeno fisiológico. Su ojo avizor le hizo distinguir corpúsculos redondos y largos y ver que los primeros daban fermentos alcohólicos, los segundos fermen-

tación láctica y que estos eran diferentes de los de la fermentación de la cerveza.

Ved ahí como aquellos descubrimientos primeros sobre diferencias morfológicas y ópticas de los cristales, le condujeron insensiblemente al terreno de las formas vivas y de sus acciones, en el que abrió nuevos horizontes y esparció claridades fecundadoras. Estas se proyectaron sobre la principal industria de Orleans, la fabricación del vinagre comprobada experimentalmente su procedencia del vino por obra de un hongo microscópico, el *micoderma aceti* por él identificado en su forma y en sus funciones, en su cualidad de microbio aerobio siempre acechado en las cubas de la fermentación por otros microbios que se mantienen adheridos a las paredes de las mismas, pero que llegados a la superficie comprometen la acetificación.

Se proyectaron también sobre la industria vinícola cuando probó que sembrando en un vino sano gérmenes tomados de un vino enfermo, enfermaba aquel. La causa era la presencia de otro germen específicamente distinto. Probó también que cierto grado de calor destruía los fermentos, sin alterar ni el bouquet ni el sabor de los vinos. Dos medios salvadores se impusieron desde entonces la selección de los fermentos y su calentamiento entre los 50° y los 60°, procedimiento llamado hoy “pasteurización” últimamente aplicado también a la conservación de la leche.

Había aprovechado Pasteur su estancia en Compeigne, en el palacio real, para dar a Francia y al mundo aquella instrucción. Y en la misma ocasión significó al Emperador Napoleón III su noble ambición de llegar al conocimiento de las causas de las enfermedades pútridas y contagiosas. Recordaba siempre las palabras pronunciadas dos siglos antes por el célebre Robert Boyle: “Quien pudiera sondear hasta el fondo la naturaleza de los fermentos y de las fermentaciones, sería, sin duda, más capaz que otros para explicar algunos fenómenos morbosos”. Eso fué como el anuncio profético que se convertiría de esperanza en realidad a corto plazo; esperanza de la que participó el gran clínico Trousseau que en sus célebres conferencias del Hotel Dieu expuso las consecuencias que esas novedades traerían a la Patología general.

De aquellas incursiones del químico de los dominios de lo orgánico, tomaron origen las nociones sobre aerobismo y anaerobismo bacteriano: el mismo Pasteur estableció las características diferenciales entre los seres de uno y otro rango, presentando como tipo de aerobio el “bacillus lácticus” y como anaerobio el “bacillus butiricus”. Con tales adquisiciones, fácil era esclarecer los misterios de la putrefacción, de la desintegración de la materia orgáni-

ca después de la muerte. Hoy explicamos esos fenómenos admitiendo la acción simultánea o sucesiva de las dos falanges de invisibles obreros: los aerobios operan en la superficie, favoreciendo los procesos de oxidación y licuación, y los anaerobios reduciendo los compuestos hasta libertar los elementos o los cuerpos simples mineralizando las sustancias que vuelven al agua o a las tierras, gaseificándolas para que vuelvan a la atmósfera.

La supuesta relación de causas y efectos entre las formas vivas y los líquidos fermentables, reabrieron la discusión del problema de la génesis de los organismos: muchos eran aún los partidarios de la heterogonia o abiogénesis, que interesó en todo tiempo a filósofos y naturalistas. ¿Qué importan los microbios? se dijeron, son producto, no causa de la alteración. En cada escéptico de la tesis revivida, surgía la duda y la curiosidad por conocer las nuevas pruebas; y de todos los labios salía la pregunta: “de donde provienen entonces”.

A lo que Pasteur respondía: proceden del aire preexistente y pululan en el aire. Sirviéndose de vasos privados de gérmenes, él había conseguido llenar balones con sangre y con orina, retirados directamente de un animal en buena salud, y los había conservado durante meses al contacto del aire puro sin ver aparecer jamás ningún organismo microscópico. No se alteraban: observaba solamente una ligera oxidación debida al oxígeno del aire. Su conclusión fué: el cuerpo de los animales en estado de salud, está cerrado a la penetración de los microbios. La cuestión estaba planteada. Aprestáronse a la resistencia de lo que se decía resurrección de las teorías del Abate Spallanzani, en Francia los Pouchet, Joly y Musset, en Inglaterra los Bastian. Repetían mal las experiencias y oponían sus falsos resultados a los obtenidos por Pasteur tras observaciones y ensayos metódicamente llevados.

El dirigiéndose particularmente a Bastian, en 1877, díjole con la energía del que se siente en posesión de la verdad: “¿Sabéis porqué me empeño en combatiros y venceros? pues por que sois de los principales adeptos de una teoría médica funesta para vuestro arte, la teoría de la espontaneidad de las enfermedades: sois de los que afirman que “la enfermedad está en nosotros, viene de nosotros y por nosotros”. Había en realidad un abismo infranqueable al éxito del clínico y del cirujano, como de los higienistas y terapéutas, si no se operaba su conversión a la teoría naciente sobre rol de los agentes vivos de procedencia externa, que no pueden surgir en la sangre y demás líquidos o tejidos, así vegetales como animales, por obra de las simples combinaciones de sus componentes químicos.

No es del caso reseñar las interesantes incidencias de la controversia sostenida en todos los países y que terminó por imponer el reinado absoluto de la generación parental, cuando hubo el pronunciamiento de la Academia de Medicina aprobando las conclusiones de Pasteur y sus fundamentos.

En medio del fragor de las contradicciones que sugerían y difundían tantos hombres de ciencia y de crédito ponderado, a nuestro sabio no faltó ni un instante la serenidad y la fé.

Sin falsa modestia ni afectación, siendo desde 1873, Libre Socio de la Academia después de reproducir su más convincente experimento ante el jurado que componían Flourens, Dumas, Brogniard, Belard y Milne-Edwards, terminó con estas bellas frases: “Yo he tomado en la inmensidad de la creación mi gota de agua, y la he tomado llena de la gelatina fecunda, es decir, en el lenguaje científico, llena de elementos apropiados para el desarrollo de los seres inferiores. Espero, observo, interrogo... le pido recomenzar para mi la primera creación... ¡qué bello espectáculo sería!... Pero enmudece... y permanece muda desde hace veinte años que empecé mis experiencias... ¡Ah; es que he alejado y retengo alejada de ella la única cosa que no ha sido dado al hombre producir: los gérmenes que flotan en el aire! He alejado de ella la vida, porque los gérmenes son la vida y la vida está en el germen... No, no hay circunstancia alguna conocida, en la que pueda afirmarse que los seres microscópicos han venido al mundo sin ascendientes a ellos semejantes!” Y agregó: “Como he buscado sin hallarla, la generación espontánea, propiamente llamada así, buscaré por otros 20 años y más la generación espontánea de las enfermedades transmisibles y espero llegar al mismo fin”.

Muy pronto se tuvieron nuevas pruebas inconcusas, contrarias a la espontaneidad y quimismo pero como esencia y causa de la fermentación. Entre otros de los discípulos de Pasteur, M. Gayon, estudiando la causa de la putrefacción de los huevos halló que se produce por obra de un vibrión, el que no se forma en el huevo depuesto, sino que existe en el oviducto de algunas aves.

Si la descomposición fuese debida a generación espontánea de los gérmenes, todos los huevos se podrirían, lo que no ocurre en verdad.

La aurora de un feliz despertar clareó desde entonces para la Higiene y para la Medicina. La infección purulenta de las heridas, la septicemia puerperal, eran la pesadilla de los cirujanos y tocólogos, el horror de los amputados, la perenne amenaza de muerte para las parturientas.

Pasteur había aseverado sentenciosamente: “una herida causa-

da en el aire puro, y constantemente rodeada de aire puro, sin apósitos ni vendaje, curaría porque nada impediría el trabajo de reparación de la naturaleza". Imaginad, señores, cual sería la satisfacción experimentada y cuan merecida la gloria públicamente recibida, cuando en 1892, el día de su jubileo, en el gran anfiteatro de la Sorbona, recibiendo el homenaje de Francia y de la humanidad reconocida, escuchó de los propios labios de Lord Joseph Lister, de Edimburgo, la declaración de sus éxitos y los de Vulpian, gracias a la práctica de tratamientos ideados bajo la sugestión de sus doctrinas. Durante nueve años ellos habían ensayado el tratamiento de las heridas ya aislándolas del medio ambiente, del aire circundante, con espesas capas de algodón, o esterilizando el ambiente y los apósitos con desinfectantes o antisépticos.

Habíase dicho el primero: si todas las fermentaciones son causadas por gérmenes externos, otro tanto debe ocurrir con respecto a la descomposición de los tejidos que siguen con tanta frecuencia a las intervenciones quirúrgicas.

El método listeriano ha reinado desde entonces hasta hoy. Le ha sucedido o junto a él asegura los maravillosos éxitos de la grande y de la pequeña cirugía, el método de Von Berkman el de la Asepsia.

En las Maternidades, "consideradas antes como el vestíbulo para la muerte" ya es azote raro la fiebre puerperal, y una vez más debemos recordar la invectiva lanzada de pleno rostro a los médicos por el doctor honoris causae: "sois vosotros, vuestros auxiliares y vuestros utensillos quienes transportan el microbio de la septicemia de una mujer enferma a otra sana".

Ved ahí, como franqueados por Pasteur los límites de la fisiología experimental, había entrado sin reatos y naturalmente en los dominios de la patología; faltaba dar un paso más y lo dió para alcanzar nuevos trofeos en los dominios de la terapéutica. En el carbunco de las ovejas puso sus miras: pero antes otra calamidad de una industria demandó sus consagraciones.

Dumas, su maestro y Senador de la República, que conocía y admiraba su espíritu de investigación y la virtud de sus consagraciones cuando se proponía desentrañar una verdad, aclarar un misterio, descubrir algo, rogó a Pasteur tomara a su cargo el estudio de la Pebrina, granulosis que diezma los criaderos del gusano de la seda, poniendo en peligro el porvenir de la industria no solo en Francia si no también en Italia, España, Austria y China; quedando únicamente inmune por el momento Japón, favorecido rincón desde donde importaríase más tarde, por consejo del mis-

mo Pasteur los granos o huevos para nuevas siembras que dieran larvas y crisálidas.

Tuvo sus perplejidades ante semejante empresa, porque jamás había tenido en sus manos una larva de *Bombix mori*; pero aceptó el cometido juzgándolo no del todo extraño a sus preocupaciones experimentales. Las esperanzas en él cifradas no fallaron. Realizó los viajes necesarios, y no obstante la hemiplegía intercurrente que interrumpió sus trabajos, tras ensayos innúmeros, de siembras y cultivos, de observaciones microscópicas, que duraron próximamente cuatro años, los afanes fueron coronados por nuevos triunfos de repercusión benéfica para las finanzas públicas y privadas. Había encontrado el agente causal del morbo, su transmisibilidad del insecto alado a su huevo, y por este de una a otra generación; la selección de ejemplares incontaminados para poblar los criaderos era el medio redentor. Puesto en práctica, los resultados no se hicieron esperar. Francia agradecida, designóle Senador vitalicio; los pueblos todos aclamaronle Salvador! Y Australia le concedió el premio prometido a quien hiciera el descubrimiento.

Pero, como ocurre no rara vez, las observaciones iniciadas con propósito u objetivo preciso, ponen en la vía de lo imprevisto; y tal ocurrió a Pasteur, pues no solo explicó el origen de las manchas negruzcas, características del mal vulgarmente conocido, si no que también descubrió una afección parasitaria del tubo digestivo en los gusanos, que llamó "flacherie" y la cual complicaba el primer mal y daba razón de la mortalidad de aquellos en ciertas épocas del año. Desde entonces quedó su nombre ligado al de Oliver de Serres, en los Anales de la Sericultura.

Pasteur era vacilante y hasta escrupuloso, es decir prudente, ante las responsabilidades, si le faltaban pruebas para defenderlas.

Más, ninguna consideración impedíale sostener lo que tenía por cierto. Si hubiese tenido timidez para la aplicación de los principios por él mismo establecidos o reconocidos, muchas conquistas habrían quedado oscuras.

Nunca, a mi juicio, demostróse con más elocuencia y honra este rasgo de su carácter como cuando debía defender sus doctrinas sobre etiogénesis, profilaxia del carbunco y rol de la lombriz de tierra en su transmisión. Cuestión fué esa que concitó las más fuertes mentalidades y confabuló a los más reputados clínicos en contra de su tesis. Jamás los prejuicios, las desconfianzas, las emulaciones personales, las rivalidades de escuelas y razas tuvieron pronunciamientos más categóricos e irreverentes; hasta la frase artera llegó a pronunciarse por algún médico enfatuado, y la mueca sarcástica se vió en el rostro de cierto sabio alemán presente en la lisa

académica. Pero con su fé en sí mismo, con su conciencia de la verdad adquirida, no rehuyó, provocó a duelo, y batióse con sus adversarios esgrimiendo las armas que le eran familiares y esperando en la victoria.

No es el del caso ponderar ni la contagiosidad, ni la malignidad, ni la enormidad de los estragos de carbunco, transmisible de un animal a otro y de ellos al hombre. Son nociones vulgares. Pero no puedo excusarme de expresar en brevísimas síntesis el estado de la cuestión en aquella época.

En la sangre carbuncosa, Delafond había hallado en 1838 "pequeños bastoncitos" que en 1850 estudiaron Davaine y Rayer sin que ni uno ni otro hubieran supuesto su importancia. Once años más tarde, conocida la Memoria de Pasteur sobre el "bacillus buttiricus" Davaine pensó que aquellos bastoncitos pudieran ser fermentos activos, y los denominó "bacteridios carbuncosos". Koch, en Alemania tentó sus culturas y obtuvo formas esporógenas. Inoculaba conejos, chanchitos de la India y ratas y provocaba fácilmente la enfermedad en ellos. Tyndall en Glasgow había visto también las formas esporógenas que comparó con vainas de arvejas. Por su parte Pasteur, había demostrado que los vibriones de la "flacherie" hallados en los gusanos de la seda se reproducían por esporos, y había demostrado que esos corpúsculos, aún sembrados después de años, podían recobrar su vitalidad y continuar sus estragos. Paúl Bert en 1877 anunciaba a la sociedad de Biología que inyectando en la sangre oxígeno comprimido, el bacillus anthracis moría, y sin embargo la sangre en que aquél se había destruido continuaba letal para el sujeto de experiencia. Las bacterias no podían ser los agentes patogénicos.

Entró Pasteur en juego, "guiado por su extraordinaria facultad de combinar los hechos con las razones de los hechos" (Tyndall) e inició sus muy laboriosas investigaciones.

Y con la sutileza de su espíritu analítico y la honda penetración de su ojo observador, después de meticolosas experiencias pudo conciliar los hechos paradójicos.

Ante la verdad cierta anotada por Paúl Bert, declaró Pasteur: Aquel no ha visto todo: hay dos virus: el aislado por mí, que llamaré "bacillus anthracis", y el señalado por aquél.

En la infección carbuncosa había dos enfermedades asociadas, igualmente inoculables: una estaba descubierta, faltaba hallar la otra. Su ciencia de los aerobios y anaerobios alumbraría la senda. En colaboración con Joubert y Chamberland realizó las experiencias. Tomando sangre análoga a la de que se sirvió Paúl Bert, introdujo parte de ella en un líquido de cultivo al contacto del aire, y la

otra en igual líquido de cultivo pero puesto en el vacío o en contacto del ácido carbónico; en el primero multiplicóse la bacteria aerobia en el segundo apareció un vibrión anaerobio que inoculado dió la septicemia. Este artificio sirvió además para hacer constar que, doce horas después de muerto el animal solo había un virulencia, la del petit batonnet de Davaine; pero a las 24 horas ya tenía dos, la de aquel y la del vibrión séptico. Las consecuencias eran de fácil deducción y comprobación experimental. El enterramiento de los animales carbunculosos no hacía desaparecer las bacterias; pero por falta de aire en las profundidades de la tierra esporula y resiste en formas reviviscentes. Los gusanos que se alimentan de materias putrefactas y las lombrices vuelven a la superficie llevando consigo el microbio hallado en los cilindros tercos que dejan. Los hervíboros pisan estos, comen la hierba a que se adhieren, o simplemente olfatean en la superficie de la tierra, y si tienen una pequeña escoriación o herida en la superficie de sus vías respiratorias o intestinales, no necesitan más para contraer la fiebre carbunculosa. Tal la causa que hacía malditos los campos en que morían los animales pestosos.

La industria pecuaria desde aquel día estaba armada para su defensa: la economía de los Estados garantida en su principal fuente de riqueza.

Excusadme, señores, no deciros nada sobre el mérito extraordinario de los trabajos del sabio en relación con el Cólera de las gallinas; de ellos toma origen su método de la atenuación de los virus el que perfeccionado llevó a dar la vacuna de la rabia y otros. Y que tampoco me detenga sobre este último tema. Ambos asuntos piden más tiempo que no estoy autorizado para emplear en una conferencia.

Pero analicemos otros aspectos de su personalidad!

Dentro del gran Sabio había también un gran patriota.

Patria y Ciencia fueron siempre sus dos amores superiores.

“La Ciencia, dijo en cierto momento solemne, ha sido la pasión que se enseñoreó de mi vida: Yo no he vivido más que para ella; y en las horas difíciles, inseparables de los grandes esfuerzos, el pensamiento de la Patria ha reanimado mi coraje”, por eso cuando se le ovacionaba en las Academias, como cuando en Malum, en Aubenas y en cien pueblos se le homenajaba ruidosamente por sus triunfos, a la ciencia refería toda la Gloria exclamando con sincera

modestia: "Yo no soy el objeto, soy el pretexto de su conocimiento". En tales demostraciones solo veía el sentimiento de la Francia honrando al trabajo.

Luchar en el campo pacífico de la ciencia por el predominio de la Patria, es idea que proclamaba y perseguía. A Francia, encorvada bajo el peso doloroso de las mutilaciones sufridas el 70, solo podrían rehabilitarla, moralmente grande y materialmente respetable, sus mejoramientos y progresos en todos los órdenes de la cultura pública.

Exceso de patriotismo fué su renunciamiento a los títulos honoríficos dispensados por las Academias alemanas, en dos momentos muy distantes. Supeditando así los valores de la Ciencia Universal a las consecuencias políticas de la guerra.

Pero era para él asunto capitalísimo la reforma fundamental y amplia de la enseñanza nacional.

A la enseñanza de las letras debía darse, preferente lugar en la educación, por sus influencias directas en la formación del sentimiento estético.

No hay verdadera fuerza ni fuentes de vida para un cuerpo social sino en las altas especulaciones del espíritu. El estudio de las grandes cuestiones literarias y científicas es lo único que puede dar y dá la moralidad de la riqueza y el predominio. Los perfeccionamientos de las industrias y de las artes, no pasan de ser aplicaciones fáciles de las verdades de orden superior alcanzadas solo por acción de dos resortes: Amor a la verdad, ardor de saber.

Penetrado de la necesidad de dotar generosamente los laboratorios, que son la frágua de los inventos, llegó hasta pedir lo que espontáneamente no daba el Estado. Le fué prometida ayuda; pero fué denegado en su oportunidad el crédito en el presupuesto oficial. Su indignación fué grande. Quiso exteriorizarla en un artículo de severa crítica, titulado "El budget de la science", a publicarse en "El Monitor", órgano del Gobierno. Se le negó hospitalidad. Como funcionario no podía permitírsele tales libertades de su espíritu. Debió ir a la "Revue des cours scientiphiques". Gracias a Duruy, Ministro, alcanzó más tarde su desideratum: los profesores franceses tuvieron los instrumentos de trabajo esenciales para rivalizar con sus émulos del otro lado del Rhin.

Al infatigable innovador de la instrucción superior, Mr. Duruy, siguió Julio Ferry. Sirviendo los anhelos de Pasteur las instalaciones de la calle de Ulm fueron mejoradas; y hasta 1888 en ese local se realizaron las grandes investigaciones, inclusive las relativas a la prevención de la Rabia, que sellaron la gloria del inmortal sabio.

Con el andar del tiempo, imponiéndose los resultados de la proficua labor experimental y no pudiendo satisfacer el erario público las exigencias de los servicios sanitarios, levantóse una suscripción Internacional que contó con la contribución de la República Argentina, movida por la propaganda hecha desde las columnas del gran diario "La Nación".

En esa suscripción podría decirse que se volcaron todas las virtudes de la generosidad, del desprendimiento y de la gratitud, a la manera como se vuelcan en la mar sus ríos afluentes; produjo dos millones y medio de francos. Con ellos se levantó sobre la calle Dutot y fué convenientemente dotado, el hoy afamado instituto Pasteur, en el que han conquistado ya su inmortalidad los Roux, los Duclaux, los Grancher, los Vulpián, los Chamberland y los Metchninoff. En aquella casa de la ciencia "no hay una piedra, ni una sola, que no sea testimonio material de un noble y generoso pensamiento".

Había llegado para él el momento en que ya sentía "la negra melancolía del hombre vencido por el tiempo".

Y fué en el día de la inauguración de su instituto que dió a la humanidad lo que merece llamarse su "testamento científico" en el cual se contienen profecías ya cumplidas, y cuya ejecutoria no vieron felizmente sus ojos. "Dos leyes contrarias, dice, parecen luchar: una ley de sangre y de muerte y una ley de paz, de trabajo y de salvación. Una, solo busca conquistas o desquites; la otra el alivio de la humanidad. Esta pone una vida humana por sobre todas las victorias; aquella sacrificará centenares de vidas por saciar la ambición de uno solo. ¿Cuál de estas dos leyes dominará? Solo Dios lo sabe. Lo que sabemos nosotros es que obedeciendo a esta ley de humanidad, la ciencia habrá de hacer más amplia las fronteras de la vida".

Señores:

He perfilado al gran sabio y su obra. Debo decir algo del Gran Hombre.

Fué bueno y fué humilde, en el más amplio sentido de esos vocablos. La bondad de su corazón impregna toda su vida íntima.

Hablaba siempre de su obra, con modestia. No reconoció en sí don particular alguno, fuera de la perseverancia en el esfuerzo, atribuyendo a ello y a la atracción irresistible de lo bello y de lo noble, todos sus éxitos.

En sus trabajos puso constantemente al lado de su amor por

la ciencia el ardor febril que encendía en su alma el deseo de aliviar las desgracias ajenas.

“Es conveniente, decía, poner un poco de corazón en el progreso de las ciencias”.

Tuvo por los suyos veneración; al capital moral heredado de sus padres atribuía sus acciones loables y los asociaba en sus esperanzas y en sus glorias.

Amó mucho. ¡Amó sus cristales! pero amó más a Mme. Laurent a quien hizo su esposa. Escogida con la penetración de tan grave problema, ella supo asociarse en todos los días de su feliz unión, a las tareas, emociones, inquietudes y alegrías suyas, compartiendo en la preparación de sus triunfos.

Fué así mismo en Pasteur una virtud ejemplar y de estímulo ejemplarizador, su optimismo. Un objetivo prefijado, confianza en llegar hasta él, actos conducentes ordenados, y triunfo; son términos correlativos. Desde muy joven había enseñado que la voluntad, el trabajo y el éxito se dividen la existencia humana. Y como fuentes vivas de los grandes pensamientos y de las grandes obras, consideraba los ideales de arte, de belleza, de patria y de virtudes evangélicas.

Hay un pasaje de su vida que fué algo así como un tropiezo feliz para quien una sombra oscurece por un momento su camino y lo salva una racha fuerte que rompe una nube que la proyectaba. Tiene para mí una significación moral apreciable siendo como es tan común entre nosotros que los hombres con aptitudes para los servicios de las ciencias se desvíen hacia las actividades de la política con mengua de los más altos y vitales intereses nacionales y universales.

Víctima de su popularidad fué proclamado candidato a Senador por el Departamento del Jura. Había aceptado, movido de un alto propósito a la enseñanza superior. Desde aquel alto cargo defendería los intereses de una mayor y mejor cultura pública. Tal fué su traspies: aceptar el cargo y autorizar trabajos.

No era político, no estaba ligado a fracción alguna. Iría al Parlamento para obrar con toda independencia y servir a la educación, que consideraba el alma de la prosperidad de las naciones.

Ante candidato de sus prestigios, el presidente Grevy opuso los de su alta magistratura, incontrastables. Pasteur fué derrotado. Jamás fundóse una oposición con más simple y sugestivo argumento. “La Ciencia tiene su sitio en los Institutos” había dicho el gran funcionario político. Y fué oído y servido. El Parlamento perdió sin duda un miembro digno, pero ganó la humanidad, a cuyo exclusivo servicio continuó trabajando desde sus laboratorios.

Su divisa, tomada de Biot, fué “per vías rectas”; y no las abandonó jamás.

En su sentir las consecuencias lógicas de los estudios experimentales, no deben inquietar al filósofo.

Reclamaba para la vida interior la misma libertad asegurada para la investigación científica.

En el momento más culminante de su vida, el de su incorporación a la Academia, en la que ocupara la banca dejada por Littré, hizo la más franca manifestación de su ideología.

“En cada hombre hay dos: el sabio, que quiere elevarse al conocimiento de la naturaleza por sus observaciones y comprobaciones; y el “sensible”, el hombre de tradición, de fé o de duda, el que llora sus hijos muertos, que no puede probar que volverá a verlos pero que lo cree y espera. Los dominios de ambos son diferentes, y desgraciado quien quiera superponerlos”.

Hizo a la vez exposición de su credo. Puso al descubierto su alma, y dijo de lo que todos llevamos en la muestra. Aún cuando su vida de continua labor encauzó siempre en los dominios de lo positivo sin engolfarse en consideraciones metafísicas, sin cesar preocupado de servir a los otros, de darse a la humanidad por entero, lejos muy lejos estuvo de encerrarla en los límites de lo puramente experimental.

En efecto: en la misma ocasión agregó “El espíritu humano movido por una fuerza invisible, no cesará jamás de preguntar que hay más allá”.

“De nada sirve responder: más allá están espacio, tiempo y grandezas sin límite. Nadie comprenderá estas palabras. El que proclama la existencia de lo infinito, y nadie puede escapar a ello, acumula en esta afirmación más de sobre natural que lo contenido en los milagros de todas las religiones; porque la noción de lo infinito tiene este doble carácter: imponerse y ser incomprensible. La noción de infinito aparece en todo, como expresión inevitable. Por ella lo sobre natural está en el fondo de todos los corazones. La idea de Dios es una forma de la idea de infinito. En tanto pese sobre el pensamiento humano el misterio de lo infinito, se levantarán templos a su culto, que el Dios se llame Brahma, Alá, Jeová o Jesús”.

En aquel momento histórico, se ofreció la conjunción de dos astros, de dos inmortales: Pasteur y Renan.

No obstante sus fundamentales disidencias ideológicas el segundo hizo del primero el elogio merecido poniendo en él todo su talento, todo el brillo de su estro poético. Podría sintetizarlo en calificativo que le dió fundándolo en términos de repetición inexcusable.

sable. “Hay algo que sabemos reconocer en las aplicaciones intelectuales más diversas: algo que pertenece en igual grado a Galileo, a Pascal, a Miguel Angel, a Moliere; alguna cosa que hace la sublimidad del poeta, la profundidad del filósofo, la fascinación del orador, la divinización del sabio. Esta base común de todas las obras bellas y verdaderas, esta llama divina, este soplo indefinible que inspira la ciencia, la literatura y el arte: ese algo es el Genio, y eso era él”.

Tuvo Pasteur la felicidad que “no lograron ni Harvey ni Jenner”; la de asistir a su propia apoteosis y a los primeros triunfos de sus doctrinas; la de aplaudir los primeros éxitos de sus discípulos, colaboradores y sucesores en la labor diaria de su Instituto. Pudo escuchar de los sabios del mundo, representados por Brouardel, el juicio histórico anticipado e incommovible expresado en estos o parecidos términos: “Si los ecos jubilares del día llegaran hasta nuestros antepasados médicos, sabrían que la más formidable de las revoluciones, que después de treinta siglos ha sacudido hasta sus fundamentos la ciencia que profesaron, es la obra de un hombre extraño al gremio; y, cosa más sorprendente aún, que los hijos de la corporación no le anatematizan, le admiran, cumplen sus leyes y se proclaman sus discípulos”.

Pasteur supo, por su parte, reconocer ese excepcional favor de de su destino, e hizo justicia a los que con grandes méritos y derechos a la glorificación contemporánea solo saborearon las amarguras de la emulación y de la envidia.

Toeóle también gustar como última alegría para su alma grande, el descubrimiento de la vacuna contra la difteria a mérito del cual nueva y generosa suscripción pública permitió instalar la sección de Seroterapia en aquel su querido Laboratorio: el descubrimiento del microbio de la Peste y de los agentes en la difusión del contagio; el entronizamiento de la teoría fagocitaria de Metchnikoff, el progreso de las investigaciones del joven Gamaleia sobre la vacuna preventiva para el cólera asiático siguiendo el método empleado para hallar el de la rabia.

Ya podía morir en la paz de su Dios para despertar en su inmortalidad.

Sus restos corporales serían guardados en la espléndida cripta que se construiría en el sitio por él preferido.

Allí quedarían, y allí están, custodiados y venerados por los que sirven su religión y cumplen sus doctrinas.

Y allí flotaría por siempre su genio tutelar, amparando los destinos de la humanidad doliente.

Y los pueblos de la tierra, unidos, en la presente era levantarían el monumento que desde ayer hará de Strasbourg el santuario láico de la humanidad agradecida, en el que se reverenciara a Pasteur.

Señores:

Termino.

Quiero sellar esta conferencia, recordando que el día en que Pasteur cumplió el cincuentenario de su ingreso a la Escuela Normal, la más grata visita y las aclamaciones para él más conmovedoras, fueron las de los estudiantes de la Sorbona de quienes era presidente honorario; y que en el día de su jubileo la última palabra de los homenajes correspondió al representante de la Asociación. Por boca de su hijo, pues él no podía hablar, dióles su postter consejo. Acogedlo hoy, vosotros alumnos de todas las escuelas de este Instituto, con la devoción y cariño con que le recibieron aquellos.

Os la repite en este aniversario de celebración universal el maestro retirado de cátedra, que profesó siempre a sus discípulos la más profunda simpatía. “Vosotros todos, cualquiera sea vuestra carrera, no os dejéis dominar por el escepticismo estéril, no os dejéis desanimar por las tristezas que una Nación atraviesa en ciertas horas. Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Decíos siempre en el primer término: ¿qué he hecho para mi instrucción? y luego a medida que avancéis: ¿qué he hecho por mi país?, hasta el momento en que tal vez tengáis la dicha de pensar que habéis contribuído en algo al progreso y al bien de la humanidad”.

Se elige Rector para el período 1923 - 1927

El Dr. Antonio Sagarna, designado por el P. E. de la Nación para intervenir la Universidad Nacional de Córdoba, entre otras medidas, adoptó la de la suspensión de todas las autoridades de la casa. En consecuencia, después de presidir la reorganización de los cuerpos directivos de las tres Facultades, produjo el decreto por el cual se convoca a la asamblea universitaria con encargo de elegir Rector por el período de 1923-1927.

El decreto mencionado es del tenor siguiente:

Córdoba, junio 15 de 1923.

Vistas las comunicaciones de las tres Facultades de la Universidad, según las cuales se ha elegido las autoridades y delegados al Consejo Superior, el interventor de la Universidad de Córdoba, decreta:

Art. 1°.—Convócase a los señores decanos y delegados al Consejo Superior para reunirse mañana sábado a las 10 horas en el despacho rectoral, al solo objeto de constituirse.

Art. 2°.—Convócase a la asamblea universitaria para el día sábado 30 del corriente, a las 10 horas, a efectos de constituirse y elegir rector de la Universidad. La asamblea se celebrará en el salón de actos. La convocatoria se hará por la prensa y por intermedio de los decanos de las respectivas Facultades, los que, en la citación, transcribirán los artículos 4, 5, 15, 16 y 17 de los estatutos vigentes.

Art. 3°.—La presidencia de la asamblea será ejercida por el interventor de la Universidad.

Art. 4°.—Comuníquese al P. E., hágase saber, publíquese, etc. ANTONIO SAGARNA.—*E. J. Salgado.*

De acuerdo con lo resuelto precedentemente, se constituyó el H. Consejo Superior y el día 30 de junio último, se reunió la asamblea universitaria para elegir Rector.

El acto fué presidido por el representante del gobierno federal, Dr. Sagarna, quien al declarar abierta la sesión, pronunció breves palabras alusivas a la misión que iba a desempeñar la asamblea, diciendo que se debía inspirar en los anhelos del país y de la cultura para llenar su cometido.

El Secretario de la intervención Dr Salgado, leyó los artículos 4, 5, 15, 16 y 17 de los estatutos, que dicen:

Art. 4°.—Para las sesiones de la asamblea universitaria requiérese la asistencia de la mayoría absoluta de sus miembros, después de la primera y segunda citación, pudiendo celebrarse con cualquier número, después de la tercera. Entre las citaciones deberá mediar un término que no baje de cinco días y ni exceda de diez.

Art. 5°.—La asamblea reglamentará el orden de sus sesiones, y mientras no lo haga se aplicará a ellas, en lo pertinente, el reglamento interno del Consejo Superior.

Art. 15.—Para ser Rector se requiere ciudadanía argentina, 35 años cumplidos de edad y ser diplomado de alguna Universidad Nacional.

Art. 16.—El Rector será elegido por el término de cuatro años, pudiendo ser reelecto por dos tercios de votos de los miembros que concurran a la sesión de la asamblea; requiriéndose, además, la unanimidad de los presentes, cuando hubiera desempeñado ya tres períodos.

Art. 17.—La elección del Rector se hará en sesión especial de la asamblea universitaria, por boletas firmadas que expresen el nombre de la persona por quien se vota, proclamándose electo al que obtuviera mayoría absoluta de sufragios. Esta sesión no podrá levantarse sino después de terminado el acto. Si ningún candidato alcanzare mayoría, se repetirá la votación en la misma forma; y si tampoco la hubiera esta vez, la tercera y sucesivas se concretará a los dos que hubiesen reunido mayor número de votos.

Si más de dos candidatos obtuvieren igual mayoría relativa, la asamblea decidirá cual o cuales serán eliminados, a fin de que la última votación recaiga sobre dos solamente.

Acto continuo el Secretario General de la Universidad, Dr. Ernesto Gavier, pasó a recoger las boletas de los sufragios, las que escrutadas, arrojaron el siguiente resultado:

Por el Dr. Ernesto Romagosa, 22 votos; por el Dr. Enrique Martínez Paz, 15; por el ingeniero Luis Achával, 2; por el Dr. Félix Garzón Maceda, 1 y 1 por el Dr. Julio B. Echegaray.

Conocido que fué el resultado de la votación, el Sr. Interventor Dr. Sagarna, proclama electo al Dr. Romagosa.

Finalmente se labró el acta de estilo, que dice:

En la ciudad de Córdoba, a treinta días del mes de junio de mil novecientos veinte y tres, reunidos en el Salón de grados de esta Universidad Nacional los señores miembros que componen la H. Asamblea Universitaria, presidiendo el acto el Sr. Interventor Nacional de la Universidad Dr. D. Antonio Sagarna, de acuerdo con lo dispuesto por decreto de fecha 15 de junio, dictado por el mismo Sr. Interventor, y con asistencia de los señores consejeros doctores: Henoeh D. Aguiar, Pastor Achával, Emilio Baquero Lazcano, Sofanor Novillo Corvalán, Carlos E. Deheza, Félix T. Garzón, Eugenio Moreno, Luis E. Molina, Pedro S. Rovelli, Rafael Reyna, Rogelio Mazzi, Enrique Martínez Paz, Arturo Orgaz, José C. Lazcano, León S. Morra, Jorge Nicolai, Luis Lezama, Alberto C. Gómez, Manuel Parga, Benito Soria, Ernesto Romagosa, Ramón Brandán, Antonio Astraín, Fernando Strada, N. Archidiácono, Domingo Tello, Heriberto Walker; ingenieros: Luis Achával, Belisario Villegas, José B. Barros, Guillermo J. Fuchs, F. Sánchez Sarmiento, Arturo A. Patiño, Eduardo Deheza, Dionisio Cen-

teno, Rodolfo Frías, Arturo Pagliari, Arturo Amaya, Juan Dussaut, Juan Jagsich, Augusto Schmiédecke, encontrándose ausente y con aviso por causa de enfermedad el Dr. Pablo Mariconde y actuando el Sr. Secretario de la Intervención Dr. Eduardo J. Salgado y el Sr. Secretario General de la Universidad Dr. Ernesto Gavier, se declaró abierta la sesión siendo las 10 y media horas.

Inmediatamente el Sr. Presidente manda dar lectura de los artículos del estatuto de la Universidad que se refieren a la elección de Rector.

Acto continuo el Sr. Secretario de la Universidad, por indicación del Sr. Presidente, procedió a recoger los votos de los señores miembros de la asamblea y escrutados por los señores secretarios de la intervención y de la Universidad, resultó haber veinte y dos votos por el Dr. Ernesto Romagosa, quince votos por el Dr. Enrique Martínez Paz, dos votos por el Ing. Luis Achával, un voto por el Dr. Félix Garzón Maceda, y un voto para el Dr. Julio B. Echeagaray, los que se distribuyen nominalmente en la siguiente forma: por el Dr. Ernesto Romagosa: doctores León S. Morra, Jorge Nicolai, Luis Lezama, Alberto Gómez, Manuel Parga, Ramón Brandán, Benito Soria, H. Walker, J. C. Lazcano, Fernando Strada, N. Arcidiácono, Domingo Tello, Antonio Astraín, e ingenieros Dionisio Centeno, Arturo Pagliari, Rodolfo Frías, Juan Dussaut, Arturo Patiño, Luis Achával, Belisario Villegas, Arturo Amaya y Eduardo Deheza.

Por el Dr. Enrique Martínez Paz: Los doctores Emilio Baquero Lazcano, Pastor Achával, Carlos Ernesto Deheza, Luis E. Molina, Henoeh D. Aguiar, Eugenio Moreno, Félix T. Garzón, Pedro S. Rovelli, Arturo Orgaz, Rogelio Mazzi, Rafael Reyna, Ernesto Romagosa, ingenieros F. Sánchez Sarmiento, Augusto Schmiédecke y José B. Barros.

Por el ingeniero Luis Achával: los señores ingenieros Juan Jagsich, y Guillermo Fuchs.

Por el Dr. Julio B. Echeagaray: el Dr. Sofanor Novillo Corvalán.

Por el Dr. Félix Garzón Maceda: el Dr. Enrique Martínez Paz.

Terminado el escrutinio, el Sr. Presidente declaró que, habiendo obtenido el Dr. Ernesto Romagosa la mayoría de votos que exige el estatuto quedaba proclamado como Rector de la Universidad por el período reglamentario.

Con lo que terminó el acto, siendo las once horas.

(Firmados): ANTONIO SAGARNA. — *E. J. Salgado.* — *Ernesto Gavier*, Secretario General.

El lunes 2 de julio, de acuerdo con lo resuelto previamente, tuvo lugar en el salón de grados la ceremonia de la trasmisión del mando rectoral hecha por el interventor Dr. Sagarna en la persona del electo Dr. Romagosa. Con tal motivo se labró el acta que se inserta y se pronunciaron los discursos que van a continuación:

“En la ciudad de Córdoba, a los dos días del mes de julio de mil novecientos veintitrés, constituidos en el salón de grados de la universidad nacional, el señor interventor de la misma doctor Antonio Sagarna; el señor rector electo, doctor Ernesto Romagosa; los señores decanos de las facultades y profesores y alumnos de las mismas y con asistencia de los señores secretarios, de la intervención, doctor Eduardo J. Salgado, y de la universidad, doctor Ernesto Gavier, siendo las quince horas, el señor interventor Dr. Sagarna procedió a poner en posesión del cargo en nombre del poder ejecutivo de la nación, al rector electo doctor Romagosa, leyendo ambos los discursos que en copias autorizadas se agregan a la presente acta.

Con lo que terminó el acto subscribiendo la presente el señor interventor, el señor rector, y los señores secretarios autorizantes.
—ANTONIO SAGARNA—ERNESTO ROMAGOSA.—*E. J. Salgado—Ernesto Gavier*”.

Discurso del Doctor Sagarna

Señores: Con este acto pongo término a la misión que me confiara el poder ejecutivo de la república ante la universidad de Córdoba, dejando entregados sus destinos al gobierno por ella elegido, a la inteligencia y rectitud de sus maestros, al respeto y amor de sus alumnos, y al retirarme de esta casa venerable y de vuestra honrosa compañía, os digo, como el huésped venturoso extendiendo desde los umbrales la diestra leal y amiga: la consideración y la paz os traje, la consideración y la paz os dejo, la consideración y la paz sean con vosotros.

Cuando se reclamó mi concurso para realizar los propósitos que informaron el decreto de intervención, contesté al señor ministro de instrucción pública que aceptaba las responsabilidades consiguientes por serme conocidas las manifestaciones del mismo y del señor presidente, de respeto y auspicio a la reforma universitaria, dentro de la cual y no fuera podían salvarse los defectos constatados en la práctica, y a un prestigioso profesor de esta casa contesté su mensaje de felicitación diciéndole que había aceptado el cargo de interventor, porque mi misión tendía “según categórica manifestación del poder ejecutivo, a garantizar el funcionamiento de la

universidad por los procedimientos que mejor consulten los intereses de profesores y alumnos, dentro de estatutos encuadrados en la reforma universitaria que defendí desde su hora inicial, dentro y fuera de la patria y desde todas las posiciones”.

Y bien, esta es la hora propicia para una rendición de cuentas, que siempre estimé como indispensable en el desempeño de funciones públicas, en un país de gobierno republicano representativo; no creo que las deba solo a mi comitente inmediato, el gobierno, sino también a la institución sobre cuya vida y porvenir ha gravitado mi actividad interventora y a la sociedad de Córdoba, en cuya entraña nació aquella, cuyas características refleja y por cuyos destinos felices monta guardia la devoción cariñosa de su pueblo; ni creo que deba reservar todos mis puntos de vista para los largos, minuciosos y documentados informes que son de práctica, que tarde o nunca se dan a luz y que pocos leen, escapando así al contralor y aprovechamiento de los conocedores e interesados. Por lo demás, anticipé, en ocasión de constituir los consejos directivos, una ruda franqueza en este sentido y no incurrí en un abuso de confianza empleando una figura retórica en sustitución del pensamiento ausente o de una voluntad indecisa.

Pero para saber a ciencia cierta si el poder ejecutivo y su representante cumplieron el solemne compromiso de respetar los principios de la reforma universitaria o si fueron reaccionarios, apóstatas de la fe pregonada, débense precisar bien esos principios, huyendo así de fácil y cómodo confusionismo con que se defiende o se ataca, más que lo sustancial de aquel movimiento, sus aspectos circunstanciales y corolarios, sus errores de práctica, las deficiencias reglamentarias, los excesos, en fin, en el empleo—sin el adiestramiento necesario—de un nuevo y complicado instrumento de gobierno.

En ejercicio de la alta representación de mi país en el extranjero, ante una asamblea de universitarios que presidía el eminente rector de San Marcos, Javier Prado y Ugarteche, expresé esta convicción, que no he rectificado:

“En diversas épocas hubo manifestaciones de malestar en las universidades argentinas; como siempre, habría en ellas su porción de indisciplina juvenil, pero en el fondo, podía constatarse también falta de elasticidad, de permeabilidad y de adaptación en los organismos directivos, excesivo espíritu de cuerpo misoneísmo docente y otras desviaciones perturbadoras”. De ahí aquellos movimientos, muy anteriores al año 18, en busca del perdido equilibrio y que se creyó encontrar en la reforma informada por estos principios fundamentales:

- 1° — Renovación de los cargos directivos.
- 2° — Libre docencia.
- 3° — Asistencia libre a las clases teóricas.
- 4° — Carácter práctico y experimental de la enseñanza.
- 5° — Incompatibilidad de los cargos directivos con puestos rentados de la universidad, excepción hecha de los docentes.
- 6° — Extensión universitaria entendida como la expansión de sus enseñanzas fuera de las aulas, y libre acceso a ellas de los que, sin aspiración a diploma o título académico, quisieran aprovechar sus lecciones y trabajos para fines útiles o desinteresados.
- 7° — Independencia política, económica, didáctica y espiritual de la docencia.
- 8° — Participación del estudiantado en el gobierno universitario.

Y bien, ninguno de esos predicados del programa reformista fué desconocido por el gobierno y por la intervención y algunos fueron más clara y francamente reafirmados en los nuevos estatutos y en las resoluciones dictadas en el curso de estos dos meses de revisión y reorganización; pero he de agregar más y sin eufemismos: en los cuatro años de este ensayo, que hoy está en el tapete del análisis y de la discusión pública, lo fundamental de la reforma quedó relegado al rol de una promesa o de tímidos ensayos y la realización de prenotados, que son simples medios para alcanzar los altos fines de la eficacia docente, se desvió muchas veces hacia el displayado del electoralismo, del crónico ausentismo de las aulas, del menosprecio y transmutación de valores y gerarquías intelectuales, morales y disciplinarias anteriores y superiores a toda norma estatutaria, como afirma el decreto del poder ejecutivo de 28 de mayo.

El interventor no comete la ligereza de exteriorizar simples impresiones, afirma una convicción madura, fundada en prueba documental irrefragable: la libre docencia, la intensificación del carácter positivo y experimental de la enseñanza, la más amplia irradiación y aprovechamiento de la universidad, la independencia del profesorado deja aún sensibles saldos deudores, mientras que la libre asistencia que supone el derecho de opción entre el catedrático titular, el suplente o los libres docentes, se ha traducido en el derecho al ausentismo escolar, que caracteriza al alumno libre, no al regular, que no armoniza, para estos, con el carácter esencialmente instructivo y educativo de la universidad y con la notoria capacidad de la mayoría del profesorado; y la participación del alumnado, que debe ser simplemente colaboradora desde el plano de relatividad que le marca su propia condición, se tor-

nó en directora en todos los órdenes del gobierno y de la enseñanza, con trastornos consecutivos que sería ocioso recapitular.

Está, pues, por realizarse la experiencia de la "reforma universitaria" y si tuviéramos que justificar el mecanismo, gracias al cual el poder ejecutivo propicia esa experiencia, bastaría exhibir la composición de los cuerpos directivos de la universidad donde están representados, sin exclusiones tendenciosas, los más altos valores de su digno profesorado.

Señores: Al anotar defectos, errores y desviaciones no lo hagamos en el tono y con la finalidad de la condena, la reprimenda o la descalificación; menos aún con el ánimo prevenido para desandar el camino y torcer rumbos. No se juzga un movimiento social transformador por los excesos o errores cometidos en sus tanteos de acomodación y afianzamiento. Sería condenar la historia de todos los movimientos renovadores del mundo. Es ley de mecánica social, como lo es de física y biología, que toda reacción responde en intensidad a la acción o irritación que la provoca y determina, con este agregado específico: que casi siempre se exceden los límites puestos al programa de reacción por sus autores y corifeos.

Los excesos de hoy tienen sus antecedentes inmediatos o mediatos en los excesos de ayer y mejor que condenarlos— sobre todo en la vida universitaria que supone comprensión, tolerancia y mutua edificación—ha de ser ahondar el examen de sus causas para removerlas y aprovechar las enseñanzas de esos errores vivos, más valiosos que algunas verdades muertas. Claro está que habría sido preferible que las transformaciones que a la universidad de Córdoba imponían las grandes transformaciones del país se hubieran efectuado dentro del marco de la serena evolución en los programas, planes, métodos y gobierno, pero si fueron suficientemente poderosas las fuerzas que obstaron a esa evolución en su hora y en la medida necesaria, de cuerdos es explicarse, sin irritación ni angustias, que las fuerzas contrarias, contenidas, rompieran el dique y ocuparan, en acción de señorío, la disputada heredad.

Creo que vivimos la hora de la revisión de valores, de las rectificaciones ecuánimes, del equilibrio que permita obtener de todas las fuerzas el máximo rendimiento. Todos los factores podrán actuar, gravitar en la medida de su capacidad y de su vigor para que Córdoba retome el honroso puesto que le corresponde, por la tradición, por su situación geográfica y por los valiosos elementos personales y reales con que cuenta, en la cultura nacional. Y precisamente esos factores tradicionales y regionalistas determinan el cuño original de la obra perdurable de esta universidad, co-

mo. ya lo advirtiera el preclaro maestro Joaquín V. González. Si la vida social como la individual es una continuidad en transformación constante, conservando empero el tipo original, un devenir digamos empleando lenguaje de "escuela", la universidad de Córdoba tendrá siempre las características que le perfilan las necesidades propias de la región determinada por la singular modalidad de algunos factores y la tradición fuerte y surgente que se infiltra en el espíritu y en el ambiente, "como un soplo de orgullo de la tierra empapada de leyenda y de seculares jugos renacientes".

Desde esta posición, renovando los fructuosos estudios históricos para lo que tiene escuela prestigiosa y materiales incomparables, podrá conservar su personalidad llena de interés y ejercer función trascendente en la sociedad, cuya es "antes que servir de pasivo reflector de la conciencia difusa de la sociedad actual, agitar los supremos conceptos históricos y preparar un estado superior de conciencia colectiva, que auspicie una renovación social en la que cobre vida todo lo que ante un examen superficial parece gastado y muerto". Y al reproducir estos medulares y elocuentes conceptos de un eminente universitario americano, advierto que desde la cumbre de una civilización milenaria, pero rediviva y que parece reverdecer de entre las ruinas de sus monumentos megalíticos, desde el pináculo de una gloriosa nacionalidad joven, el Cuzqueño Cossio y el Princeptomian Wilson coinciden con nuestro González en la necesidad de que la alta cultura vitalice todas las fuerzas nobles de la nación, haciendo del pasado una sugestión constante, un estímulo y una advertencia y del presente, una hora de meditación profunda y de inteligente adiestramiento para el porvenir.

Con una facultad de humanidades y el afianzamiento de su promisoría escuela del doctorado en ciencias naturales, Córdoba se pondrá en condiciones de conciliar su universidad puramente profesional con las imposiciones de su rica historia, de su realidad presente y de sus seguros, venturosos destinos.

En esa labor patriótica, profesores y alumnos podrán rivalizar en celo y cosechar méritos; la tarea es cada día más intensa porque a diario acrecen las adquisiciones de la experiencia y el anhelo de embellecer y hacer más buena la vida por un mejor conocimiento de su raíz, de su ritmo y de su armonía. Para ello no hay más certera regla que aquella que exige el cumplimiento pleno de nuestros deberes como recaudo para el reclamo y ejercicio de nuestros derechos.

Que me perdonen los maestros y directores de la universidad de Córdoba estas digresiones que ellos no necesitan, porque su saber y rectitud honraría cualquier academia, pero las expreso como una profesión de fe y una leal expresión de motivos que han determinado mi conducta de colega, antes y durante mis funciones interventoras.

En cuanto a los estudiantes prefiero repetirles, pero con ese renovado entusiasmo que según Kierkegard define al hombre y le diferencia del esteta y del filisteo, esta noble admonición del eminente rector de aquella como ésta secular y gloriosa universidad de San Marcos de Lima, doctor Manuel Vicente Villarán:

“Con la misma firmeza con que merece ser enaltecida y guardada la libertad estudiantil, merece ser condenada la teoría que, sin aportar un grado más a dicha libertad, quiere borrar el bello y utilísimo sentimiento de deferencia y respetuosa estimación que la naturaleza misma pone entre el discípulo y el maestro. Siénta bien en el estudiante tener en poca estima el brillo exterior de la fortuna, de la posición social y del poder material; con nada de esto es bueno que mida el grado de deferencia que merecen los hombres, pero el desdén por esas convencionales superioridades va asociado, por inevitable contraste, con el respeto hacia la superioridad espiritual y las funciones del orden moral. Una forma de ese respeto es lo que liga a todo discípulo con todo maestro, por sobresalientes que sean las capacidades del discípulo, por modestas que sean las dotes del maestro”.

Dentro de estos conceptos y encaminada a la realización de esos propósitos se ha orientado la obra de la intervención: dignificar, independizar, enaltecer la función docente para que ella sea así, más digna del aprecio y del cariño del alumnado y de la alta consideración del país. Ningún motivo extraño, de ningún orden conturbó en momento alguno mi espíritu, fiel al mandato austero de mi gobierno y de mi conciencia; aciertos o errores que el tiempo señalará más clara e imparcialmente, obra serán de una devoción profunda a la educación pública que fué pasión de nuestros próceres y organizadores, que es blazón inconfundible de nuestra historia y que es programa fundamental de todo ciudadano que ame hondamente la nación.

Señor Rector:

En nombre del Exemo. señor presidente de la república, os doy posesión del cargo para que os consagró el sufragio muy calificado de la suprema autoridad universitaria, y al presentaros el homenaje de mi alta consideración, formulo votos por el éxito de vuestra labor. Para ello no os faltará, bien lo sé, ni sabiduría, ni

diligencia, ni amor docente, ni colaboración leal de vuestros compañeros de trabajo, y a ello puedo agregaros la decisión firme del gobierno que represento, porque vuestros triunfos serán los triunfos de la universidad y de la patria por los cuales aquel vela, fiel al mandato del pueblo y al soberano enunciado del preámbulo de nuestra carta fundamental.

Discurso del Doctor Romagosa

Al tomar posesión del rectorado, hasta el que he sido elevado por la voluntad de la H. Asamblea Universitaria, mis primeras palabras deben ser expresiones de reconocimiento. Ante todo, con la seguridad de interpretar el pensar y el sentir colectivos, de reconocimiento al Excmo. Señor Presidente de la Nación y a S. E. el Señor Ministro de Instrucción Pública por el noble interés que, según lo han demostrado, les inspiran los destinos de esta casa y por el acierto en la designación de su comisionado al doctor Antonio Sagarna, por la energía serena y la alta inteligencia que ha puesto en el cumplimiento de su misión delicada. Después la expresión de mi reconocimiento personal, a los consejeros de medicina que promovieron mi candidatura, a los miembros de la honorable asamblea que, al otorgarme sus votos a pesar de mis escasos merecimientos, me confirieron un honor tan insigne que es casi una ejecutoria y a los que por razones muy respetables, reservaron sus sufragios para otras candidaturas, enalteciéndome también al oponer a mi modesta personalidad la de profesores que figuran entre los exponentes más altos de cultura universitaria.

Llego al cargo de rector sin haberlo ambicionado ni haber hecho nada para conseguirlo; lo acepto comprendiendo toda la dificultad de la tarea, porque considero que es un imperativo deber no rehusarlo, y me siento tan dispuesto a consagrarle con fervor las mejores energías de mi espíritu como a renunciarlo en el preciso momento en que comprenda que mi labor y mis afanes no han de tener eficacia.

Por espacio de cinco años se han sucedido en la universidad crisis convulsivas, en algunas de las cuales, hasta se pudo temer que hubiera llegado para ella el momento del desastre total y definitivo. Relajada la disciplina, menospreciados algunos preceptos cuyo olvido conduce a las universidades hacia la decadencia y la muerte, en contraposición, por una aberración inconcebible y como si pudieran ser antagónicos los intereses de profesores y alumnos y hasta de los alumnos entre sí, pudo creerse que se consideraba más importante para los intereses permanentes de la institu-

ción la reivindicación de derechos que el cumplimiento fiel de deberes.

Después de tantos años de discordia durante los cuales pareciera que sangraban las entrañas mismas de la universidad, podemos tener al fin la confianza consoladora de la prosecución en paz y en orden de la marcha progresiva y continua hacia la realización de sus previstos destinos. El interventor, doctor Sagarna, nos deja una universidad reorganizada y en funcionamiento perfectamente normal. Ha hecho con un criterio muy amplio y gran altura moral todo lo que él podía hacer. Lo que falta es tarea árdua y grandiosa que incumbe a nosotros realizar. Sin recriminaciones vanas al pasado, ocupémonos, entonces, en preparar el porvenir. Lo más esencial para el éxito de la obra es establecer la perfecta comunión entre profesores y alumnos, la solidaridad, la armonía, la concordia. Si subordinamos todos y en todo momento los intereses particulares al interés general, si tenemos el mismo ideal de que nuestra universidad llegue a ser algún día un centro de gran cultura de donde irradian las energías del pensamiento y de la ciencia, si estamos animados de una común buena voluntad, nos convenceremos pronto de que las divergencias son más superficiales que de fondo. Serenados los ánimos, sosegadas las pasiones, los estudiantes no pueden dejar de reconocer que es preciso mantener la disciplina. Pero en una casa de altos estudios, para que la disciplina sea activa y fecunda, no debe ser el resultado de una imposición, sino espontáneamente consentida y por ser de necesidad imprescindible contar con el ascenso universal. A las autoridades corresponde reglamentarla dentro de los límites razonables, a objeto de no disminuir en los jóvenes la espontaneidad del espíritu, indispensable para el desenvolvimiento pleno de su personalidad y para el acrecentamiento de la imaginación y de la voluntad creadora.

El consejo superior dictará los estatutos definitivos. El que nos rige actualmente contiene lo substancial de la reforma del 18: docencia libre, asistencia libre, consejos renovables y participación del estudiantado en el gobierno universitario. El estatuto es sólo un medio y no un fin y no puede corregir todas las deficiencias que existen; pero debe permitir el funcionamiento armónico de la universidad, la realización sin obstáculos de todas las labores para que se cumplan los fines esenciales de la creación de institutos como éste: la enseñanza profesional y la investigación científica, y para que, como en toda democracia que no es una pura ficción, reine la mayor libertad sin mengua de la dignidad de nadie.

Los estudiantes tienen participación en el gobierno universitario. Es nuestro deber tratar de entender bien sus aspiraciones, auscultar la vibración de su pensamiento, la vibración de sus anhelos, para satisfacerlos en la medida de nuestras posibilidades. Yo me permito aconsejar a esta juventud viril, activa, de inteligencia noble, que no pierda en ningún momento la conciencia de su responsabilidad, que no abandone jamás el contacto con la realidad, ni se deje inocular en la mente utopías que parecen hermosas y brillantes, sólo por que son irrealizables, y que desconfíe también de la ilusión del espejismo que puede hacerle creer que es posible saciar la sed allí donde al final de una penosa jornada, ha de encontrar solamente la esterilidad de la arena.

De los problemas que debemos abordar y resolver, hay dos que me parecen ser de los más importantes: el mejoramiento de la formación mental de los alumnos que han de ingrears a la universidad y la formación del profesorado que ha de sustituirnos. Fundada la Universidad del Litoral, el mayor contingente de estudiantes ha de venirnos de nuestro colegio nacional anexo, y es preciso que cuidemos celosamente del régimen de sus estudios, para que reciban nuestra enseñanza cerebros provistos ya de conocimientos muy sólidos.

Para la formación de profesores, nuestra casa ha recurrido desde hace algunos años a la contratación de profesores extranjeros. No he de decir ningún mal de este sistema que ha sido experimentado entre otras naciones por Italia, cuyas universidades deben en gran parte su magnífico resurgimiento actual a la importación de profesores alemanes que formaron discípulos que, asimilándose sus métodos de investigación, efectuaron trabajos y realizaron descubrimientos tan importantes como para colocarse a la altura de sus eminentes maestros.

Entre nosotros, dejaron recuerdo perdurable el sabio profesor De Grandis y el prestigioso profesor Ducceschi, y en la actualidad, dos investigadores de renombre están incorporados a la facultad de medicina. Se ha dicho que aquellos no consiguieron formar escuela, y si bien esto es exacto, fué debido únicamente a la insuficiencia del ambiente y a lo mezquino de los recursos de que pudieron disponer.

Tenemos que reconocer que nuestro medio no es favorable para el desarrollo de los gérmenes de experimentación científica desinteresada que en nuestra atmósfera fría están condenados casi totalmente a perecer. Tratar de crear ese medio es lo que más urge ensayar. El arsenal de nuestros laboratorios, tanto en la facultad de medicina como en la de ingeniería, no sólo es insuficiente para

realizar trabajos de investigación científica, sino que no alcanza siquiera para satisfacer las necesidades de una somera enseñanza experimental.

Creo que sin dejar de continuar con el sistema en ensayo, deberíamos de enviar al extranjero por un tiempo suficiente algunos de nuestros graduados elegidos entre los que hubieran dado muestras claras de vocación. En los centros del saber humano, en las capitales del pensamiento y de la ciencia, el contacto inmediato con hombres superiores que trabajan con desinterés en el silencio de los laboratorios, disciplinarán a la voluntad y la mente, y nos traerán a su regreso, no solamente las últimas novedades sino lo que importa más: sus métodos exactos de investigación y sus métodos de enseñanza.

Señores: no he querido hacer promesas que podrían no cumplirse, ni formular un programa. Al programa lo iremos haciendo en común colaboración. Sintetizo en tres palabras lo que considero indispensable para el engrandecimiento de esta casa tan querida: disciplina, solidaridad y trabajo. En el trabajo y por el trabajo se dignifican, se hacen fuertes y acreedores al respeto, lo mismo que los individuos, las instituciones y los pueblos. Mi deseo más ardiente es que podamos trabajar todos intensa y tranquilamente y que, al cabo de algunos lustros, la universidad de Córdoba coloque también su piedra en el monumento de la ciencia, en homenaje a la patria.

El profesor Dr. Luis Giménez de Asúa

Invitado por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de este Instituto, el Profesor de Derecho Penal de la Universidad de Madrid, Dr. D. Luis Giménez de Asúa, ha dado una serie de conferencias sobre el "Nuevo Código Penal Argentino. Estudio crítico de su orientación."

En el primer acto, realizado el 8 de agosto último, después de algunas breves palabras del señor decano, Dr. Aguiar, encaminadas a recordar someramente las obras de que es autor el citado profesor español, hizo la presentación oficial del mismo, el catedrático de Derecho Penal, de la casa, Dr. Julio Rodríguez de la Torre.

Cinco fueron las conferencias profesadas por el Dr. Giménez de Asúa y ellas tuvieron lugar los días 8, 10, 14, 16 y 18 del corriente agosto, desarrollándose los temas:

- 1.—"Las modernas orientaciones de las escuelas penales".

2.—“El conflicto entre las modernas teorías penales y el derecho individual de libertad”.

3.—“Ensayo de solución político-penal. Código del porvenir”.

4.—“El Código Penal Argentino ante las nuevas teorías de la ciencia penal”.

5.—Continuación del tema anterior.

Las conferencias del profesor Griziotti

Con el objeto de que el Profesor italiano. Sr. Benvenuto Griziotti dictase algunas conferencias en este Instituto, por el rectorado de la casa se le cursó una nota invitándolo.

Aceptada que fué por el Dr. Griziotti la invitación, el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en su sesión del día 20 de agosto, resolvió patrocinar las conferencias y hacerse cargo de su dirección.

El profesor de Economía Política, Dr. Lucas A. de Olmos, presentó al orador y éste desarrolló, en las varias lecciones dictadas, los siguientes temas de Economía Política:

La política económica, monetaria y financiera de la Argentina. (Problemas de hoy y de mañana). — Caja de Conversión — Circulación monetaria y Banco de Emisión — La crisis económica y los medios financieros para solucionarla.

La exportación y la cotización de los productos agropecuarios argentinos en Europa.

La cuestión social y medios para resolverla.
